



LA DIPLOMACIA DE LA REVOLUCIÓN MEXICANA

POR GENARO FERNÁNDEZ MACGRÉGOR,
(*abogado, académico e internacionalista*)

Los hechos históricos acaecidos entre 1910 y 1917, son para la generación que anda en la treintena, como los relativos a la Guerra de Tres Años y a la Intervención para los que nacimos allá por las dos últimas decenas del siglo diecinueve: sólo estampas del pasado, imágenes estáticas que apenas algunas mentes saben poner en movimiento gracias al estudio y a la imaginación que resucita personas y situaciones.

Esta virtud animadora tiene el libro que acaba de publicar mi antiguo y dilecto amigo el señor licenciado don Isidro Fabela, titulado “Historia Diplomática de la Revolución Mexicana”, como que la obra de que se trata no es sólo una exacta relación de las vicisitudes internacionales de México durante los primeros tiempos de la Revolución, sino una pormenorizada historia de todos los sucesos de aquellos trágicos años. Surgen ante los ojos de los de mi generación, las figuras que conocimos y tratamos, con todas sus características, y palpitan en ellas los ideales que, desgraciadamente, no han llegado todavía a su perfección.

Madero, de cualidades apostólicas, de intachable buena fe, pere demasiado sencillo y confiado. Hombre de ley que tuvo que luchar contra los elementos anárquicos y destructivos que se alzan en todas las revoluciones; sereno en sus postrimerías, cuya mayor tragedia debe haber sido la que se desarrolló en su alma al recapacitar en un relámpago final todos sus actos, haciéndole exclamar amargamente ante don Manuel Márquez Sterling, horas antes de ser victimado: “Un presidente electo por cinco años, derrocado a los quince meses, sólo debe quejarse de sí mismo. La causa es... ésta, y así la historia, si es justa, lo dirá; no supo sostenerse...”

¿Y cómo había de lograrlo si tenía contra sí la defección de varios sectores de su propio partido, la frialdad del régimen vencido que él había incorporado en su gobierno, la mala voluntad de los Estados Unidos, y, sobre todo, la traición, una traición de la que pocos ejemplos tiene la historia?

Y no puede creerse, por más que documentos oficiales lo abonen, que sólo el embajador Lane Wilson era desafecto al gobierno maderista. Taft y su gabinete —el mismo licenciado Fabela lo señala—, estaban bajo la influencia de los grandes capitalistas americanos, y se limitaron a sostener la neutralidad respecto a México sólo en el papel, ayudando solapadamente a los que tramaban la ruina de Madero.

Sin duda se destaca como más repugnante la figura de Lane Wilson; pero no sólo él tiene la responsabilidad de lo que sucedió. Su gobierno tuvo mil maneras de saber la verdad y, sin embargo, lo dejó actuar. Desde luego, tenía aquí otros funcionarios, entre ellos Mr. O'Shaughnessy, que veían las cosas diferentemente que su superior en México, y quienes seguramente comunicaron sus observaciones a sus compañeros del Departamento de Estado y a sus amigos particulares.

Por otra parte, una gran masa de mexicanos creyó de buena fe en que se venía encima una anexión yanqui. Hay que recordar que las comunicaciones de toda especie estaban desarticuladas y que por eso las noticias no llegaban o llegaban falseadas. Lo anterior explica la conducta del señor licenciado don Pedro Lascuráin, hombre excelente, amigo personal, no solamente político, del señor Madero. Creyó firmemente en la amenaza a nuestra independencia, y obró obseso por esa creencia. Estaba bajo doble coacción: temor de la guerra extranjera y temor de que se cometiera un magnicidio en la persona del Presidente. Sus gestiones dieron un resultado contraproducente; pero eso sucede muy a menudo en los planes humanos. Por otra parte, no podía exigírsele mayor firmeza de carácter que al directamente afectado: el señor Madero. Si su proceder no merece la absolucón, por lo menos obran en su pro circunstancias atenuantes de mucho peso.

El victimario, general Victoriano Huerta, pasa por las páginas del libro del licenciado Fabela tal como fue: rudo, ambicioso, disimulado, dipsómano, despreciador de la sangre de sus semejantes. Un estudio completo de su personalidad demostraría que se

trataba de un hombre anormal. Es uno de los peores gobernantes que ha tenido México.

Sin embargo, colaboraron con él algunos ciudadanos de altas cualidades, impulsados por la gravedad de la situación. Por ejemplo, el ilustre literato don Federico Gamboa, quien supo defender la dignidad de México, como el mismo licenciado Fabela lo reconoce, cuando al citar un párrafo de la contestación de Gamboa a Mr. Lind, asienta: "Contestación digna y enérgica del Ministerio de Relaciones de Huerta, que en esa forma demostraba que los dos bandos mexicanos que luchaban entre sí rechazaban la intervención".

Hay que observar también, en defensa del señor Gamboa, que no llamó bandidos a los constitucionalistas. En la nota citada por el señor licenciado Fabela, aplicó tal infamante nombre sólo a los grupos de amigos de lo ajeno que aprovechándose del movimiento revolucionario se dedicaron a perpetrar delitos. Así se desprende claramente de las siguientes líneas: "Un cese inmediato de la lucha en México, un armisticio definitivo. . . no es posible, pues para ello sería menester que hubiera alguien capaz de proponerlo. . . a los muchos bandidos, que so capa de aquel o este pretexto merodean hacia el Sur cometiendo las depredaciones más incalificables".

Y que había innumerables grupos de esta especie no puede negarse, pues el mismo señor licenciado Fabela dice en la página 297, refiriéndose al caso Benton: "De todas suertes, aun suponiendo que Francisco Villa hubiese cometido aquel abominable crimen, COMO TANTOS COMETIO, NO ESTABA LA PRIMERA JEFATURA EN CONDICIONES DE APLICAR SANCION ALGUNA, ETC". A casos como este se refería, sin duda, el señor Gamboa.

Naturalmente que como el licenciado Fabela fue uno de los colaboradores más adictos de don Venustiano Carranza, hace justicia a su severa figura de patriarca. En verdad, fue admirable el Varón de Cuatro Ciénagas, quien pudo mantener su autoridad sobre tantos caudillos y caudillejos con ambiciones personales, que trataban de satisfacerlas con las armas en la mano.

La actitud del Primer Jefe ante los Estados Unidos fue irrepudablemente patriótica aunque a veces intransigente en demasía, debiéndose esto tal vez a la necesidad de presentar un frente unido ante nuestros vecinos del Norte.

La obra del licenciado Fabela, interesante por todos concep-

tos, y muy bien documentada, termina con un juicio sobre la actuación del Presidente Woodrow Wilson con respecto a México, el cual puede resumirse como sigue: era amigo de la libertad y defensor de los pueblos débiles; respetuoso de su soberanía; apóstol teórico de la justicia, la moral y del derecho internacional, pero en la práctica, de conducta contraria a sus ideales.

Lo que hizo con México no fue con ánimo de conquista. Pero no por ello dejó de constituir una intervención efectiva. Nos trató como a un pueblo atrasado, nos quiso dar lecciones de política, y se arrogó el derecho de sustituir a nuestra policía nacional, como las grandes potencias lo han hecho en los países sujetos a capitulaciones.

La obra del licenciado Fabela historia tantos hechos y plantea tantas tesis que es imposible comentarla, como lo merece, en un artículo.

Su lectura servirá a todos los mexicanos de saludable lección para que procuren que no vuelvan a repetirse los calamitosos sucesos que relata. Para ese fin concurrirán, es seguro, los gobiernos de México y de los Estados Unidos, que afortunadamente han llegado ahora a comprenderse más hondamente.